

BRITÓN. Según eso motilones  
nos cabe ser.  
ALBERTO. Como vengan  
las llaves del refectorio  
á mi cargo y la bodega.  
BRITÓN. Yo escojo la portería,  
que en fin han de entrar en ella  
los regalos, que alcabala  
pagan al que está á su puerta.  
LEONELA. Yo también escojo ser  
desde ahora hospitalera.  
BRITÓN. Por comerte los bizcochos  
y andar catando conservas.  
LELIO. Ya, Lisarda de mi vida,  
no tengo de hacerte ofensas,

sino adorarte y tenerte  
por espejo de Florencia.  
LISARDA. Para que esté todo en paz,  
y Valerio estado tenga,  
con Matilde se despose,  
tu hermana.  
LELIO. Como él lo quiera,  
en ello ganaré mucho.  
VALERIO. Si mi padre da licencia,  
el sí la doy con el alma.  
ROSLEIO. Para largos años sea.  
CLEANDR. No desespere el caído  
que, aunque más pecados tenga:  
quien no cae no se levanta;  
Margarita ejemplo sea.

## LA VIDA DE HERODES

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

ANTIPATRO, <i>Rey viejo.</i>	EFRAÍM.
FASELO, <i>su hijo, Príncipe.</i>	PACHÓN, <i>pastor.</i>
HERODES, <i>su hermano.</i>	FENISA, <i>pastora.</i>
SALOMÉ, <i>Infanta.</i>	DOS ROMANOS.
JOSEFO.	UN VERDUGO.
MITILENE.	ZAPIRO.
AUGUSTO CÉSAR.	JABEL.
HERBEL.	BATO.
HIRCANO, <i>Rey viejo.</i>	LISENO.
ARISTÓBULO, <i>Príncipe.</i>	NISO.
MARIADNES, <i>Infanta.</i>	UNA MUJER.
ELIACER.	PASTORES. (1)

### ACTO PRIMERO

#### ESCENA PRIMERA

*Salen ANTIPATRO, viejo; JOSEFO; FASELO y SALOMÉ, dama.*

JOSEFO. Después de besar tus pies,  
que en el humano teatro  
siempre, invencible Antipatro,  
pisando coronas ves;  
porque á la fortuna des  
las gracias de tu grandeza  
y porque estimes la alteza  
de tus inmortales glorias,  
en premio de tus victorias  
te da el amor su belleza.  
Contra su rueda voltaria  
has triunfado de Idumea,  
conquistado á Galilea  
y sujetado á Samaria;

y porque con dicha varia  
la vejez que se te atreve  
al templo tus triunfos lleve  
del tiempo inmortal tesoro,  
hijos te dió en siglos de oro  
restauración de tu nieve.  
Dióte al Príncipe Fasele,  
fénix nuevo en quien se ve  
tu imagen, y á Salomé,  
bella exhalación del cielo;  
dióte á Herodes, que en el suelo,  
mientras á Alejandro imita,  
para que con él compita,  
y el mundo admire su fama,  
en vez de Alejandro llama  
á Herodes Ascalonita.  
Filipo al nacerle un hijo  
asonbro de Babilonia  
y blasón de Macedonia,  
que era venturoso dijo,  
no tanto porque predijo  
en él su gloria real,  
cuanto porque en tiempo tal  
Aristóteles vivía,

(1) Intervienen además TIRSO, pastor y UNA JUDÍA.

porque á su filosofía  
su valor hiciese igual.  
Pero tú con más certeza  
decilo puedes mejor,  
pues cría á un tiempo el amor,  
si hijos tú, Judá belleza;  
que si la naturaleza  
hace con ellos seguras  
de Dios en vivas figuras  
imágenes naturales,  
suerte es que para hijos tales  
te dé tales hermosuras.

ANTIPAT. Tú seas, Joseph, venido,  
á nuestro Ascalón con bien,  
pues que de Jerusalén  
tales nuevas me has traído.  
Sagaz medianero he sido  
con el Senado Romano  
para entronizar á Hircano  
(que ya sepultaba el ocio),  
en el reino y sacerdocio  
que quiso usurpar su hermano.  
Rey y Sacerdote sumo  
su Jerusalén le llama,  
y en altar de Thimiama  
aromas ofrece en humo,  
reinando por mí, presumo,  
si agradecido repara  
en mi amistad noble y clara,  
que estimé por justa ley  
juntar Sacerdote y Rey,  
la corona á la tiara.  
Descendiente generoso  
es de Judas Macabeo,  
que al linaje Asamoneo  
dió blasón limpio y glorioso;  
el sacerdocio piadoso  
que honró en el desierto á Aarón,  
propagó su sucesión  
contra ambiciosos engaños  
por ciento y setenta años  
de varón siempre en varón.  
Ilustrar mi descendencia  
con renombre soberano  
y emparentar con Hircano  
apetece mi experiencia:  
á Mariadnes, excelencia  
de cuanta belleza ha habido,  
para el Príncipe he pedido,  
como Aristóbulo dé  
con la mano á Salomé  
envidia al amor y olvido.  
De Hircano hijos los dos son,  
como Salomé y Fasele  
míos, si permite el cielo  
darme en ellos sucesión,  
del alcázar de Sión  
poseerán el solio real  
y con ventura inmortal  
gozará sangre idumea  
mezclándole con la hebrea  
un reino sacerdotal.  
Si esto Hircano me concede  
largas albricias me pide.

JOSEFO. No sólo á tu gusto mide  
el suyo, pero aún le excede.

(Dáale un retrato.)

Sacar de esta copia puede  
el Príncipe que se nombra  
su esposo (si no se asombra  
la luz que su cielo da),  
qué tan bello el sol será  
siendo tan bella su sombra.

(A Salomé otro.)

Mire en éste vuestra Alteza  
á Aristóbulo en bosquejo.  
HERMOSO asombro, Josefo.  
JOSEFO. No pudo la sutileza  
del pincel en tal belleza  
ostentar más su primor,  
y aunque honrando á su pintor  
Apeles se ha aventajado,  
con ser éste su traslado  
parece su borrador.  
Aquí sólo no permite  
la naturaleza sabia,  
por más que el arte la agravia,  
que sus estudios imite,  
porque ni el oro compite  
con sus cabellos, ni toca  
su frente el cristal de roca,  
ni hay clavel, rosa ó jazmín  
que se opongan al jardín  
de sus mejillas y boca.  
Vuelto aquí barbarismos  
los hipérboles verás,  
porque estos dos son no más  
hipérboles de sí mismos;  
de libertades abismos,  
por no llamarles prisión,  
y milagrosa lección  
donde tomó en sus trasuntos  
la naturaleza puntos  
para leer de ostentación.

FASELO. No lisonjero procedes  
en su alabanza, si es cierta  
la fama con que despierta  
amor almas y armas redes,  
pues no estiman las paredes  
reales soberbios ornatos,  
ni en doseles y aparatos  
funda la ambición sus galas,  
mientras no adorna sus salas  
con estos bellos retratos.  
Egipto dé testimonio,  
pues sabe bien que idolatra  
en Aristóbol Cleopatra,  
en Mariadnes Marco Antonio;  
¡Oh lazos del matrimonio  
que por mi amor habéis vuelto!  
Á seguir estoy resuelto  
vuestra recíproca ley  
adonde el esclavo es rey  
y cautivo el que anda suelto.

SALOMÉ. Yo, bellísimos despojos,  
no os hablo, que estoy en calma,  
mientras la lengua y el alma  
se trasladare á los ojos;  
si quitáis, pintado, enojos,  
¿qué haréis, Príncipe, presente?  
Calle el alma lo que siente  
porque sienta lo que calla,  
que amor que palabras halla  
tan falso es cuanto elocuente.

## ESCENA II

Sale HERODES, bizarro, á lo soldado.—DICHOS.

HERODES. A tus pies, invicto padre,  
trofeos mis dichas postran,  
si imitación de tus hechos,  
primicias de tus victorias;  
que, puesto que comparadas  
á las tuyas, serán pocas  
las de Alejandro en Asiria  
y las de Anibal en Roma,  
por ser las primeras, creo  
que antepondrás á las propias  
las alabanzas de un hijo  
enigma de tus memorias.  
Sali de Ascalón, mi patria,  
cuando el toro que hurtó á Europa  
en oro pagaba al sol  
un mes de hospicio y lisonjas,  
y con doce mil soldados,  
feliz número si notas  
que con otros tantos puso  
freno al Asia Macedonia,  
cerqué á Pacono en Petrea;  
Pacono, aquel con que asombran  
los Partos las cuatro letras  
que Craso en Grecia enarbola.  
Y de su madre sacando  
al Ganges, porque se corra  
que en los brazos de su madre  
un hijo tan viejo corra,  
guiado por el silencio,  
una noche oscura y sorda,  
restituí á sus cristales  
sangre, que aumentó sus olas.  
Y degollando á su Rey,  
el alma, que iba á la boca,  
saliendo por la garganta  
la jornada halló más corta.  
No perdoné ningún sexo;  
lirio cano, joven rosa,  
caña humilde, roble fuerte,  
madre casta ni hija hermosa.  
Pero donde se ve más  
mi venganza victoriosa  
fué en la pueril inocencia,  
pues de las madres piadosas  
arrancando tiernos hijos,  
mostré que mi sed provoca  
sangre en leche de inocentes  
medio blanca y medio roja.  
Bajé á Armenia desde allí,  
y destruyéndolo sus tropas,  
en púrpura de sus venas  
teñí sus listadas tocas.  
Encastillóse su rey  
en un castillo, una roca  
tan alta, que su cabeza  
coronó del sol la zona.  
Era de peña tajada  
y con una entrada sola  
tan inexpugnable y fuerte,  
que haciendo dificultosa  
su conquista, aseguraba  
al rey la vida y las joyas  
que atesoró en su homenaje  
la codicia temerosa.

Pero como el interés  
tiene alas, sus puertas rotas,  
sirvió de escala una pica  
por donde subió la honra.  
Y franqueando las llamas  
la entrada á mi gente heroica,  
retrató el fuego en Armenia  
venganzas griegas de Troya.  
Di á saco la fortaleza,  
y mientras el metal roban  
que la codicia persigue,  
aunque más el sol la esconda,  
despeñando al Rey armenio  
quedaron las peñas toscas  
cada cual con un pedazo,  
que también ellas despojan.  
Bañado en sangre enemiga,  
cantando el valor vitoria  
á las voces destempladas  
de los míseros que lloran,  
entré en una galería  
que por treinta claraboyas  
de alabastro, jaspes y mármol  
los bastidores de Flora  
enamoradas miraban,  
y en los cristales que adorna  
con marcos de primavera,  
se retratan majestuosas.  
Colgaban de sus paredes  
cuadros, en lugar de joyas,  
si desvelos del pincel  
emulación de la gloria,  
pues retratando bellezas  
refrescaban la memoria,  
tal del milagro de Chipre  
y tal de la virgen diosa.  
Allí la Griega robada,  
si del pastor robadora,  
que hurtó en las huertas de Venus  
la manzana á la discordia,  
á amor y aborrecimiento  
provocaba á las historias,  
por liviana aborrecible  
y adorada por hermosa.  
Allí al honor consagraba  
la, tarde cuerda, Matrona,  
Tarquinos atrevimientos,  
recuerdos tristes de Roma.  
Y allí, en fin, la hermosa Reina  
que Africa estima y adora,  
holocausto de sí haciendo,  
dejaba ejemplos á Porcia.  
Pero, entre tantas bellezas,  
la que por fénix de todas  
gozaba el lugar supremo  
en la mitad de la lonja  
era una hermosa judía  
(perdone el Dios de Helicon)  
que no igualó á su hermosura  
la Ninfa que le corona.  
Bien pudo Dina á Sichén  
ser tragedia lastimosa,  
librar Judith á Bethulia  
del furor de Babilonia,  
hacer Raquel que Jacob  
juzgase distancia corta  
catorce años de servicio,

poner á Amán en la horca  
el casto hechizo de Asuero,  
precipitar vitoriosa  
Bersabé al Profeta rey  
(que aun cantando creo que llora),  
y, en fin, bien pudo rendir  
las letras, que el amor postra,  
del rey pacífico y sabio  
la hermosura de Etiopia.  
Mas con éstas comparada  
es lo que el sol con la sombra,  
con la ciencia la ignorancia,  
con la verdad la lisonja.  
Supe quién era, aunque callo,  
porque la lengua no osa  
dar celos al corazón,  
que los tendrá si la nombra.  
Y como una alma pintada,  
dejando en prendas la propia,  
salí de mí y del castillo  
sin libertad ni memoria.  
Doce mil hombres llevé,  
y con ellos vuelvo agora  
sin que falte, padre invicto,  
ni de su sangre una gota.  
Sola una alma vuelve menos  
que por los ojos me roban,  
para ofrecer á su origen  
su más que divina copia.  
Triunfa en Ascalón con ellos,  
pisa reinos, trofeos goza,  
premia heridas, honra hazañas,  
haz mercedes, da coronas,  
y á mi licencia que busque  
en premio desta vitoria  
un alma que, fugitiva,  
es vencida vencedora.

## ANTIPATRO.

No hallo coronas á tu nombre iguales,  
hijo invencible, que tu fortaleza  
premién mejor que abrazos paternales;  
ceñir tu cuello en vez de tu cabeza  
las cívicas no bastan, ni murales,  
ni cuantas dió de Roma la grandeza  
á la ambición que eternizó su fama,  
puesto que junte al oro, al roble y grama.  
Conquista reinos que dichoso goces,  
gana blasones que te inmortalicen,  
plumas tu fama añada que veloces  
el valor te aseguren que predicen,  
y mientras la fortuna que conoces  
en tu favor los tiempos autoricen,  
antes que acabe el círculo su rueda  
un clavo al eje pon, y estará queda.  
Si enamorado vuelves, no me espanto,  
que Marte y Venus al amor producen,  
pues sus hazañas triunfarán en tanto  
que sus aceros á sus llamas lucen.  
Tus dos hermanos á su yugo santo  
dos cuellos dichosísimos reducen,  
los más hermosos que en su ardiente carro  
puso coyundas el amor bizarro.  
Hircano, rey y sacerdote sumo,  
al reino y templo que eterniza el Arca  
y á Dios da habitación en niebla y humo,  
entre las alas que el Cherub abarca,

en premio del favor (según presumo)  
con que se ve sacerdotal monarca,  
sus dos hijos ofrece, luz del cielo,  
á tus hermanos Salomé y Faseo.  
Importa que prevenga su partida  
por lo que el nombre ganará idumeo,  
si á la corona aspira apetecida  
que restauró á su sangre el Macabeo. (Vase.)

## SALOMÉ.

Perdona si no doy á tu venida,  
invicto hermano, á gusto del deseo  
parabienes retóricos, que duda  
de hablar quien ama agradecida y muda. (Vase.)

## FASELO.

Yo, que sin alma todo me vuelvo ojos,  
salamandra de amor, vivo en su llama,  
puesto que ufano de que á tus despojos  
cincales del valor, plumas la fama,  
pues adoras del sol los rayos rojos,  
mi cortedad perdona, y con tu dama  
coteja esa belleza, aunque en pintura,  
y alaba, si no envidia, mi ventura.

(Dale el retrato y vase.)

## ESCENA III

## HERODES sólo.

¿Si no envidio tu ventura?  
¿Por qué ocasión? Mas ¡ay, cielos!  
¿no es esta de mis desvelos  
la causa? En esta pintura,  
¿no se cifra la hermosura  
que mi libertad abrasa?  
Si con Faseo se casa  
y mis dichos tiraniza,  
celos, volad en ceniza  
mi padre, hermanos y casa.  
¿Qué importa que quiera Hircano  
que se case con Faseo?  
¿Es su padre amor del cielo?  
¿es monarca soberano?  
Antes que le dé la mano  
cuando el corazón la di  
un nuevo Caín en mí  
verá Faseo mi hermano  
que no es padre cuerdo Hircano,  
ni rey, tigre hircano sí.  
Celos, que os habéis entrado  
al alma que atormentáis,  
¿por qué vivo me abrasáis  
si es mi amor sólo pintado?  
El amor os ha engendrado,  
¡maldice, pues procura  
cifrase en esta figura;  
mas ay, que en tales motivos  
me da los tormentos vivos,  
y la esperanza en pintura.  
Pero ¿de qué sirven, cielos,  
quejas y lamentos vanos,  
si el amor es todo manos  
y todo furor los celos?  
Lágrimas darán consuelos  
á cobardes esperanzas,  
como al olvido mudanzas,

pero á injurias conocidas  
de pretensiones perdidas,  
no hay quejas como venganzas.  
¿No ha abrasado mi valor  
la Armenia que he destruido?  
¿Pues es bien que sea vencido  
en mi casa y vencedor?  
¡Muera mi hermano traidor  
y mi padre, pues que pasa  
las leyes que mi amor tasa,  
porque yo con ellas muera!  
¡Al arma, venganza fiera;  
al arma, asaltad mi casa!

## ESCENA IV

Sale ANTIPATRO.—Dicho.

ANTIPAT. ¿Qué tienes, hijo, qué es esto?  
HERODES. Quejas son á que me incitas  
cruel. ¿Es bien que permitas  
el tormento en que estoy puesto?  
Cuando á tus pies manifiesto  
reinos al romano iguales,  
¿así á recibirme sales,  
y estos triunfos me previenes?  
En lugar de parabienes  
me recibes para males.  
¿Tú eres mi padre y desdices  
del amor que te ha obligado?  
Miente el ser que tú me has dado  
y mentes tú si lo dices,  
hoy llorarás infelices  
mis años, padre cruel;  
ciprés en vez de laurel,  
amor á mis sienes ata,  
pues si á otros con flechas mata,  
á mí con sólo un pincel.  
¿Estás en tí?

ANTIPAT.  
HERODES.

Estoy sin mí,  
sin ser, sin alma, sin vida,  
sin cuerpo, sombra fingida  
soy no más de lo que fui;  
pero ¿qué te importa á ti  
que yo tenga seso ó no?  
Quien el alma me quitó,  
¿cómo mi padre será?  
Ser el padre al hijo da;  
mi ser pierdo por ti yo.  
Pues si no te debo nada,  
¿qué me quieres? Déjame;  
una alma perdí, y hallé  
otra alma, pero es pintada;  
mátame; saca esa espada;  
mas, ¡ay, padre! que estoy loco.  
Si á lástima te provocho,  
piadoso mi mal escucha;  
mas no, que es mi pena mucha  
y tu sentimiento poco.  
Pero de mi poco seso  
está, padre, reducida  
la restauración y vida  
en esta mano que beso;  
que te he agraviado confieso,  
mi remedio y salud trata.  
¡Ay! mano cruel y ingrata,  
¿cómo á los labios te llevo,

si de ti ha nacido el fuego  
que mi esperanza maltrata?  
Huyendo de los engaños  
con que darme muerte quieres,  
me voy, tirano, no esperes  
remozar en mí tus años;  
padres serán los extraños,  
pues tú lo dejas de ser;  
no soy tu hijo desde hoy,  
alma en pena, sí, que soy  
de una pintada mujer. (Vase.)

## ESCENA V

ANTIPATRO sólo.

¿Qué locuras serán estas  
que en confusión me han dejado?  
¿Qué hechizos, hijo, te han dado  
que en llanto envuelve mis fiestas?  
De tus acciones opuestas  
solamente he cogido  
que habiendo el seso perdido  
anuncias mi desventura.  
¿En qué retrato ó pintura  
dices que te has convertido?  
Ya llamándome tirano  
riguroso te despidés;  
ya, humilde, perdón me pides  
con los labios en mi mano;  
culpas me imputas en vano,  
que ignoro y saber deseo;  
ó estás loco, ó lo que creo  
por más cierto, estás celoso,  
que amor con celos furioso  
las formas hurta á Proteo.  
Si porque al Príncipe caso  
con Mariadnes se agravió,  
si fué el retrato que vió  
de su libertad ocaso.  
¡Oh, amor liberal y escaso!,  
ya mal podré remediarte,  
por más que intente curarte,  
si es el daño que recelo,  
porque á casarse Faseo  
á Jerusalén se parte.  
Pues tienes alas, volaras,  
que en la presteza dispuso  
tu dicha, quien te las puso,  
y sus celos remediaras.  
Culpa tus plumas avaras  
y no á mí, ciego tirano,  
que cuando celoso, en vano  
pierda á Herodes, me consuelo  
del reino que por Faseo  
á mis sucesores gano. (Vase.)

## ESCENA VI

Sale HIRCANO, y ELIACER vistiéndole.

HIRCANO. Al Rey de Tiro agradezco  
su embajada y petición,  
mas llega en mala ocasión  
cuando al Príncipe la ofrezco  
de Idumea, por quien reino;  
es mi amigo y comarcano,

dióme el Senado romano por su intercesión el reino. Hame pedido á mi hija para esposa de Faseló, nuestra ley guarda, y el cielo me aconseja que le elija. Aristóbulo también á Salomé su hija hermosa, ha nombrado por esposa, y alegre Jerusalén su entrada espera festiva, pues desde su puerta santa arcos y estatuas levanta y antiguos muros derriba. Esto al Rey de Tiro di, y al de Sidón, que me pesa no admitir de la Princesa, su hija, la mano, y sí para Aristóbulo, en fe de lo que la estimo y quiero; adelantóse primero el amor de Salomé y ganóle por la mano la mano que le apercibe. Lo mismo, Eliacer, escribe al rey de Persia, Artabano; á la infanta de Corinto; al Rey de Líbano, Hirán, y á todos cuantos están dentro el ciego laberinto del amor de mis dos hijos; y en fe de casar con ellos, por generosos y bellos, son pretendientes prolijos, que siendo no más de dos mal tantos yernos tendré.

ELIACER. Liberal contigo fué en hijos y en reinos Dios. Rey Sacerdote te ha hecho y el primero á quien ampara con la corona y tiara tu honra y nuestro provecho. Dos hijos también te ha dado, milagros de la hermosura, con quien el cielo procura, eternizando tu estado, premiar de tus ascendientes el celo con que ampararon la ley que nos restauraron los Macabeos valientes. El reino y los hijos goces siglos por años, señor.

HIRCANO. ¿Dónde están?  
ELIACER. Dando al amor y fama plumas y voces. Como la belleza cría amor, y tan bellos son, con inseparable unión y amorosa compañía uno con otro retrata un Géminis que en el suelo, avergonzando al del cielo, usurpar su signo trata. A caza querían salir por dar luz á este horizonte, y los caballos del monte mandaban apercebir.

## ESCENA VII

Sale EFRAÍM.—DICHOS.

EFRAÍM. Sal á uno de los balcones que honran tu parque, señor; que si en él los ojos pones, verás confuso el amor en iguales opiniones, y á los dos Príncipes bellos en dos caballos, y en ellos, Xantho y Pyrois transformados, por más que á su Sol atados procura el sol detenellos. Bordados caparazones portátiles tronos son cuyas verdes guarniciones labró Flora á imitación del campo hermoso á jirones. Las crines entre distintas lazadas, si al mayo pintas que su tienda sale á abrir, no harás poco en distinguir si son flores ó son cintas. Ni el oro, aunque más presume en los jaeces mostrar valor en suma, sin suma, se podrá desestimar del esmalte de su espuma. Los dos, en fin, muestras dan, uno bayo, otro alazán, cuán bien se les medra y luce, que si el viento los produce los apacienta el Jordán. Los dos hermanos sobre ellos, sueltos al sol los cabellos, robando almas y dando ojos, para que los suyos rojos trencen envidioso de vellos. Gabanes de verdemar honran, que el oro guarnece, dando á amor que recelar, que en mar que esperanza ofrece no es cordura confiar. Con cuchillos damasquinos, cuya hermosa guarnición al sol puede ofrecer signos, pues, cuando no estrellas, son sus piedras esmaltes finos, y de plumas tanta copia que entre ellas la fama propia fácilmente se ofusca, pues si Faetón las llevara no fuera negra Etiopia. Dos sacres llevan ufanos que, en lugar de las pigüelas, grillos de sus pies livianos, habrán menester espuelas para salir de sus manos, pues ni águila ni garza real les podrá dar presa igual cuando la sigan traviesos como la que gozan presos á alcándaras de cristal. Desta suerte, porque igualen pasatiempos con cuidados, que por los montes señalen de cazar almas cansados,

á caza de fieras salen. Gózate en ver tus vasallos mil bendiciones echalos; mas los dos llegan aquí, no sé si á volver por sí, pues yo no supe pintallos.

## ESCENA VIII

Salen á caballo, y vestidos como EFRAÍM dijo, ARISTÓBULO y MARIADNES.—DICHOS.

MARIAD. Para la felicidad de nuestra caza, señor, y vuelta con brevedad, su bendición y el favor nos dé vuestra majestad, porque en tales ocasiones la fortuna satisfecha honrará nuestras acciones si su mano real nos echa, en una, tres bendiciones: de sacerdote primero y Pastor de nuestra ley, que reverencio y prefiero; de Padre y luego de Rey con que buen suceso espero cuando volvamos los dos.

HIRCANO. Ya todas tres las gozáis Mariadnes bella, vos, pues que apacible os lleváis la mia, del pueblo y Dios. Garzas el viento embaracen sin que el neblí las dé enojos, que cuando el cielo amenacen no es mucho que vuestros ojos siendo garzos, garzas cacen. Y vos, Aristóbulo mio, ¿también salís á cazar?

ARISTÓB. Amor alienta mi brío; no hay de cazar á casar mucho; y pues me casas, fio de mi ligera esperanza empresas dignas de fe contra el olvido y mudanza, que si es garza Salomé, más vuela amor, pues la alcanza. Dejad, señor, que la siga el alma que en ella adora, si una caza á la otra obliga.

MARIAD. Ya, padre y señor, es hora.

HIRCANO. El mismo amor os bendiga. No os alejéis porque esté alegre nuestro horizonte si en sus cristales os ve, que yo á la casa del monte á recibirlos saldré. (Vanse.)

## ESCENA IX

Salen PACHÓN y TIRSO, pastores.

TIRSO. En fin: ¿vos tenéis amor á Fenisa?

PACHÓN. Mirad, tío, yo no sé si es amorío, si estangurria ó si sudor. Mas sea lo que se sea,

mi mal, como dijo el otro, en viéndola me quillotro y el alma se me menea. El pecho se me bazuca y me dan ceciones luego; si este es amor doile al huego, que, pardiez, que es mala cuca. Si vuesa edad no me endilga lo que es esto, abrid la huesa á Pachón.

TIRSO. Celera es esa.

PACHÓN. Estoy hecho una pocilga de celos, que por ser tercós, ponerse siempre de lodo y andar gruñéndolo todo se comparan á los puercos. Pues bien: y ella, ¿sabe acaso que la amáis?

TIRSO. Sí.

PACHÓN. Bueno está; y ¿habéisla hablado?

PACHÓN. Verá: pullas la echo á cada paso.

TIRSO. Pescudo si la habéis dicho vueso amor.

PACHÓN. Por comparanzas, tal vez hay, que entre otras chanzas la declaro mi capricho.

TIRSO. ¿De qué modo?

PACHÓN. Daros quiero cuenta de vuesa demanda; ya vos veis del modo que anda el gaticinio en Febrero. Estaba una gata bizca con cierto gato rabón allá en el camaranchón, tan tierno él como ella arisca, cual si les pegaran ascuas diciéndose cada uno en su lenguaje gatuno...

TIRSO. Sí.

PACHÓN. Los nombres de las Pascuas. Porque si explicaros quiero, él siempre que maullaba de maullera la llamaba y ella con *fuf* de fullero. En fin, con gritos feroces andaban dando carreras, que gatos y verduleras sus faltas se echan á voces. Escuchábalos Fenisa, quizá envidiosa de vellos, y yo, que iba á componellos, la manga de la camisa la así, porque no se escape; y como el amor me afrige, *miç*, hociendo lá dije, pero respondiendo *çape*, me dió en la cara un aruño que un carrillo me llevó; agarréla entonces yo, mas ella cerrando el puño escopir me hizo dos muelas deshaciéndome el gallillo.

TIRSO. Hizo bien, porque un gatillo de ordinario es sacamuelas, y ese fué lindo favor.

PACHÓN. ¿Lindo? A otros dos si me toca me ha de despoblar la boca; pero otro me hizo mayor.  
 TIRSO. ¿Mayor, cómo?  
 PACHÓN. Hué al molino, y yo tras ella, antiyer; y acabando de moler llegué á cargalle el pollino. Y él cuando el costal le pongo dos yemas sin clara echó, y á la primera que vió dijo: «¡Papaos ese hongol!» Yo, como la vi burlar, las manos la así y beséelas, y apartómelas y apartéelas, y volviómelas á apartar. Tiróme una coz después, pronóstico de una potra, y yo tornándole otra jugamos ambos de pies. y volviendo á porfiar, volvióme dos y aparéelas, y tirómelas y tiréelas, y volviómelas á tirar.  
 TIRSO. ¿Qué más quieres si conoces que te hace tanto favor?  
 PACHÓN. Dad al diablo, tío, el amor que entra á pellizcos y coces.

## ESCENA X

Sale FENISA. — DICHOS.

FENISA. Valga el demonio la gente y quien acá la envió.  
 PACHÓN. Esta es mi Fenisa.  
 FENISA. ¡Yo, que te estriego!  
 (Llégase á ella y dale una coz.)  
 TIRSO. Impertinente: dila, si casarte tratas, que tenga de ti mancilla.  
 PACHÓN. Llegad vos á persuadilla que tenga quedas las patas.  
 FENISA. ¡Oh! ¿Es mi tío?  
 TIRSO. Pues ¿con quién gruñís?  
 FENISA. Con el diablo gruño.  
 PACHÓN. Burlaos con ella.  
 FENISA. El dimuño sacó de Jerusalén aquestas damas machorras que, olvidando los chapines, andan corriendo rocines, cazando gangas ó zorras. Y con unos pajarotes tan grandes como milanos que atados traen en las manos con borlas y capirotos. No han dejado lino á vida.  
 TIRSO. Nuevos príncipes serán que á volar garzas saldrán.  
 FENISA. Yo vengo tan aburrída, que quizá el diablo los trajo acá; si la honda descieño...  
 PACHÓN. ¡Mirad vos qué lindo aliño de decirla un resquebrajol!

Fenisa: vuestos hocicos me traen tan emberrinchado desde que antiyer al Prado llevábamos los borricos, que como amor me provoca hoy he dado en retozón.  
 FENISA. ¡Yo, que te estriego, Pachón!  
 (Dale un mojicón.)  
 PACHÓN. ¡Ay!  
 TIRSO. ¿Dónde te dió?  
 PACHÓN. En la boca, machucádomela ha toda; á este andar, sino que os duela, no ha de haber diente ni muela para el día de la boda.

## ESCENA XI

Salen HERODES y JOSEFO. — DICHOS.

HERODES. No la gozará Faseló, por más que lo intente Hircano, aunque del primer hermano. renueve agravios el cielo.  
 JOSEFO. Si ya se la ha prometido, ¿cómo estorbalo podrás?  
 HERODES. Loco estoy y necio estás; amor que no se ha adquirido con dificultad no sé que tenga estima ni fama. Veré mañana á mi dama; mi hermano la pintaré de suerte que lo aborrezca. Diré que es desagradable, descortés, tosco, intratable, y porque mal le parezca, como tú el fin me acredites, pintaré en él el extremo de un esposo, un Polifemo, de un Coricleo, un Tersites. Pero ¿qué gentes son éstas?  
 JOSEFO. Rústicas de estas montañas, cuyas pajizas cabañas desprecian cortes compuestas.  
 HERODES. ¿Cuánto está Jerusalén de aquí, buen hombre?  
 PACHÓN. Una legua, que se la papa mi yegua, señor, en un *sancti amen*. Mas ¿para qué lo pescuda si viene á cazar de allá con la Infanta?  
 HERODES. Pues ¿está la Infanta aquí?  
 PACHÓN. ¡Buena duda!  
 FENISA. En un caballo sobida, como hombre desparrancada, á la jineta ensillado.  
 PACHÓN. Tomárala yo á la brida.  
 FENISA. Nós trae puestos en rencilla de vella así cada vez, si deja la doncellez la Infanta sobre la silla.  
 HERODES. Y vos, serrana de plata, ¿vivís aquí?  
 FENISA. Desde hoy más.

## ESCENA XIII

TIRSO, PACHÓN y FENISA.

PACHÓN. ¡Por Dios que es desgracia extraña!  
 FENISA. ¿Quién diablos la metió á ella en andar, siendo doncella, corriendo por la montaña á caza sobre un rocín?  
 TIRSO. La mujer, si es recogida, no ha de tener más caída que la de un bajo chapín.  
 FENISA. Metióse en oficio ajeno, tomóse lo que la vino; que lo que pecó en mi lino lo paga ahora en mi heno.  
 PACHÓN. ¿No será bien avisar á los que, desparramados, andan por montes y prados y vinieron á cazar con ella, que á remedialla acudan, no se nos muera entre manos?  
 TIRSO. Bueno fuera que aquí viniesen á hallalla y nos pidiesen su muerte.  
 PACHÓN. ¡Oste putol! A avisar voy al Rey.  
 FENISA. Yo también soy de tu opinión.  
 PACHÓN. De esa suerte tú á los cazadores llama, yo iré á Jerusalén.  
 TIRSO. Yo voy contigo también, que si se muere en mi cama antes que se certifique, mos tiene de acrebillar el Rey.  
 FENISA. No hay que dudar, por Dios, que nos crucifique. (Vanse.)

## ESCENA XIV

Salen HERODES y JOSEFO.

PACHÓN. Quítese él de detrás que es falsa de aquesa pata. Guárdese que no le borre de un golpe el encaramiento.  
 JOSEFO. Sobre un caballo del viento vuela un cazador ó corre.  
 (Ruido de dentro, como que corre un caballo.)  
 TIRSO. Será el Príncipe, que hoy vuela garzas por aquí.  
 (Voces dentro.)  
 ¡Tener, tener!  
 ¿Cayó?  
 JOSEFO. Sí.  
 MARIAD. ¡Válgame Dios, muerta soy!  
 HERODES. ¡Terrible golpe!  
 TIRSO. No mueve pie ni mano.  
 HERODES. A dalle ayuda me manda el amor que acuda.  
 (Entrase Herodes y Josefo.)  
 FENISA. Mas que el diablo se la lleve, que así mis linos maltrata.  
 PACHÓN. Si él vuestos sembrados pisa no os venguéis en mí, Fenisa, apartad allá la pata.

## ESCENA XII

Saca HERODES á MARIADNES desmayada en los brazos.

HERODES. Pastores, sentid conmigo hoy la pérdida mayor que pudo hacer el amor; llamadme, si es que os obligo, venturoso, desdichado, como el hallazgo que he hecho.  
 FENISA. Que es el Príncipe sospecho.  
 PACHÓN. Mas ¿si se ha descalabrado?  
 FENISA. No es sino la hermosa Infanta de Jerusalén.  
 HERODES. Si muere, ni el sol dar vueltas espere á su hermosa esfera y santa, ni en sucesión infinita piense la naturaleza eslabonar su belleza cuando la mayor nos quita, que del fuego que amenaza en el diluvio segundo la destrabazón del mundo llegó al término.  
 FENISA. Esta caza dola al diablo, nunca ha hecho si este bien á los que engaña.  
 TIRSO. En esta pobre cabaña, aunque grosero, hay un lecho: de heno y paja está lleno, echalda sobre él, señor, que toda hermosura en flor viene á rematar en heno.  
 HERODES. Decís bien; ¡ay suerte incierta! qué avarienta os me mostráis, pues la dicha que me dais ó es pintada ó medio muerta.  
 (Llévata Herodes.)

HERODES. Esperanza da de vida, puesto Josefo que poca, á lo menos con su boca, temiendo la despedida del alma, la mía sellé para que, cuando saliera en aura, no se me huyera, porque cuando imaginé que bebiéndola el aliento el alma, que salir duda, fuera huésped que se muda de uno en otro aposento. Debíolo de echar de ver, y temiendo sus agravios, cerró el recelo los labios y volvió á retroceder al corazón, donde ordena vivir de asiento y me abrasa, porque, dueño de tal casa, ¿cómo vivirá en la ajena? Ve por agua, mi Josefo, podrá ser que vuelva en sí.

JOSEFO. Harélo, señor, así:  
amante y solo te dejo.  
Que traiga el agua querrás  
de las más lejas corrientes  
que dan cristal á sus fuentes,  
para que me tarde más.  
Voy, pues, que no es de perder  
por mí lo que tu amor fragua;  
yo volveré con el agua  
cuando no sea menester. (Vase.)

## ESCENA XV

HERODES solo.

Alma: agora sí que os veis  
en más confusa porfía:  
al amor y cortesía  
en competencia tenéis;  
la ocasión porque gocéis  
lo que vuestra fe merece,  
á vuestra dama os ofrece,  
cuando contra la esperanza  
la nobleza y confianza  
la defiende y favorece.  
Enamoróme pintada,  
y la ocasión y ventura  
me la dan casi en pintura,  
pues me la dan desmayada.  
La cortedad es culpada  
en quien se precia de amar,  
mal el amor podrá usar  
finezas hoy cortesanas;  
entre cabañas villanas  
la ocasión entro á gozar.  
Pero, amor, si no os reporto,  
mi nobleza os culpará  
preciar de cortés, pues va  
poco de cortés á corto;  
no por un deleite corto  
intentéis perder así  
los blasones que adquirí;  
detened el paso, amor,  
que no hay vitoria mayor  
como es el vencerse á sí.  
Mas si pierdo por cortés  
la ocasión, ¿volveré á hallalla?  
No, que el tesoro que uno halla  
en el campo, suyo es.  
Si tengo derecho pues,  
al que aquí acabé de hallar  
y me le viene á quitar  
Faselo en mi menosprecio,  
en perderle seré necio:  
la ocasión entro á gozar.  
Mas no gozo, si lo advierto,  
sino como Pigmaleón,  
una estatua sin acción;  
volved en vos desconcierto,  
que gozar un cuerpo muerto  
será brutal frenesí;  
la vida cortés la di,  
dalda también el honor,  
que no hay hazaña mayor  
como es el vencerse á sí.  
Obligaréla cortés,  
si sabe que he refrenado

apetitos al cuidado,  
ganancias al interés;  
para asegurarla, pues,  
mudarme intento el vestido  
por el de pastor fingido,  
ya que asegurarla quiero,  
que en viéndome caballero  
ha de juzgarme atrevido.  
Trajes vi de cazadores  
colgados en la cabaña,  
haced hoy en mí, ¡oh montañal  
transformaciones de amores;  
no paguéis en disfavores  
cortesanas cortedades,  
que, si en estas soledades  
no me ayudáis, siendo Dios,  
formaré quejas de vos  
y no me fiaré en deidades. (Vase.)

## ESCENA XVI

MARIADNES sola.

¡Cielos! ¿quién me trajo aquí  
y entre estos bárbaros techos,  
en una cabaña pobre  
de aqueste modo me ha puesto?  
¿Dónde están mis cazadores?  
El Príncipe, ¿qué se ha hecho?  
¿Cómo sola me han dejado?  
¿Si imaginan que me he muerto?  
Acuérdome que caí  
de un caballo que siguiendo  
una garza remontada  
iba imitando su vuelo,  
y aguardando la vitoria,  
de dos halcones soberbios,  
imaginé con sus plumas  
vender despojos al viento.  
Debíme de desmayar  
más del golpe que del miedo,  
y algún pastor que me vió  
me trajo y redujo al heno  
de su rústico descanso  
pabellones opulentos.  
Si esto es así, ¿dónde está?  
¡Ay temerosos recelos!  
¿Si han hecho afrenta á mi honor  
villanos atrevimientos?  
Yo mujer y sin sentidos,  
descorteses y groseros  
labradores licenciosos,  
la ocasión vendiendo al tiempo  
tesoros que la honra guarda.  
Yo, sobre el humilde lecho  
de una despreciada choza,  
mis vestidos descompuestos,  
ausente el que aquí me trajo,  
conjeturad pensamientos,  
mi desdicha y vuestro daño,  
y dadme muerte si es cierto.  
¿Quién duda que si violó  
un cuerpo sin alma el dueño  
bárbaro deste hospedaje,  
que con las alas del miedo  
huiría el justo castigo  
encomendando al silencio

afrentas que ya la fama  
esparcirá por los vientos?  
¡Triste de mí! ¿qué he de hacer?  
Mil veces maldiga el cielo  
al inventor que los gustos  
cifró en el errante vuelo  
de un pájaro codicioso,  
que entre leves pasatiempos  
de plumas que lleva el aire,  
Icaro al honor ha hecho.  
Mas de la misma cabaña,  
sino del mal que sospecho,  
parece que un pastor sale.  
Hombre, ¿qué buscas adentro?

## ESCENA XVII

Sale HERODES de pastor.—MARIADNES.

HERODES. Busco lo que hallando en vos,  
después que con vida os veo,  
ha de hacer, hermosa Infanta,  
corte ilustre este desierto.  
Agua rosada salí  
á pedir á un arroyuelo  
que, coronado de rosas,  
les bebe el licor de Venus,  
para espantar el desmayo  
que de vuestro rostro bello  
tiranizaba las flores  
de amor, que es su jardinero.  
Mas, ya que volviendo en vos  
la luz al sol habéis vuelto,  
la primavera á estos prados,  
las estrellas á estos cielos,  
para dar á la fortuna  
justos agradecimientos  
quisiera que me ferieran  
sus lenguas los lisonjeros.  
¿Sabéis quién soy?

MARIAD. Por mi dicha.  
HERODES. ¿Quién me trujo aquí?  
MARIAD. Recelo

HERODES. si os lo digo, gran señora,  
que he de aguardar el contento.  
MARIAD. ¡Ay de mí! ¿Por qué ocasión?  
Temores, si salís ciertos,  
yo haré en mi vida injuriada  
lo que el desmayo no ha hecho.

HERODES. Corriendo sobre un caballo,  
que del tercer elemento  
debió de heredar las alas,  
sino es que el Dios mensajero  
sus talares le prestó,  
íbades siguiendo el vuelo  
de una garza perseguida  
de dos halcones hambrientos,  
cuando en un hoyo que puso  
la envidia, que salió á veros,  
tropezando, renovaste  
llantos del hijo de Febo.  
Y retratando de Fidiás  
un mármol sin vida bello,  
casi á infundiros el alma  
quiso volver Prometeo.  
Lloraban vuestra desgracia  
las aves deste desierto,

las flores de aquestos prados,  
las fuentes, guarnición dellos,  
cuando llegó presuroso  
un atrevido mancebo,  
si villano en sus acciones,  
en su traje caballero,  
y honrando con vos sus brazos  
en mi humilde alojamiento,  
el ébano y el marfil  
tuvieron envidia al heno.  
Lastimado y compasivo  
buscara el temor remedios  
en boticas naturales  
de simples no descompuestos,  
cuando, cargado de hierbas  
como de lágrimas, vuelvo  
á dar vida á vuestro honor,  
er vez de dársela al cuerpo,  
porque el atrevido joven  
desnudo intentaba y ciego,  
por dejar injurias vivas,  
usurpar despojos muertos.  
Yo entonces, que aunque villano,  
tan ilustre el alma tengo  
que por no violentar frutos  
las encinas no vareo,  
diciéndole mil oprobios  
con medio roble grosero,  
á lascivos desatinos  
puse noble impedimento.  
Y despreciando las voces  
con que dijo: «Hombre grosero:  
advierte que á quien injurias  
es al Príncipe Faselo,  
que, á pesar de pretendiente,  
á ser de la Infanta vengo  
venturoso poseedor,  
si no legítimo dueño.  
No estorbes en daño tuyo  
ocasiones con que el tiempo  
imposibles facilita  
para que cumpla deseos.»—  
Afrentado le hice huir,  
despejando el aposento,  
porque no hay descortesía  
á quien no acompañe el miedo.  
Fué á buscar vasallos suyos  
porque, volviendo con ellos,  
con agravios dé principio  
á tu amor, señora, honesto.  
Aun no le dejé tomar  
las ropas reales, que ofrezco  
en muestra de mi valor  
y prueba de sus intentos;

(Saca sus vestidos.)

que quien desnudó del alma  
el noble comedimiento,  
bien merece por castigo  
que lleve desnudo el cuerpo.  
Si aguardas su vuelta torpe,  
que tardará poco, pienso  
que has de llorar deshonorada  
violadores menosprecios.  
Porque no intenta casarse  
el que pretende violento  
gozar despojos robados  
que le vienen de derecho.

Estas son las ropas tuyas,  
y los brazos, señora, éstos,  
que en defensa de tu fama  
serán del honor trofeos.  
Mira lo que determinas,  
que, si tomas mi consejo,  
huyendo de los peligros  
sale victorioso el cuerdo.

MARIAD. Pastor... no pastor, mas sí;  
que pues hoy del lobo fiero  
la inocencia de mi fama  
has defendido, no tengo  
blasón mejor con que honrarte:  
yo pagaré lo que debo  
á tu generoso trato  
con largos y nobles premios.  
Estos vestidos infames  
tu verdad abonan, puesto  
que tal vez juraran falso  
si á Josef doy por ejemplo.  
Vamos á Jerusalén,  
donde, con honroso truco,  
justos premios satisfagan  
la nobleza de tus hechos,  
y donde, libre y seguro,  
juzgue el aborrecimiento  
descortes desacatos  
del atrevido idumeo.  
¿Cómo te llamas?

HERODES. Claricio.

MARIAD. Hacerte claro prometo  
entre cuantos la privanza  
sobre sus alas ha puesto.  
HERODES. Dame á besar esas manos.  
¡Oh amor criado en enredos,  
con bien de aqueste me saca,  
labraréte de oro un templo!  
Atado al tronco dejé  
un caballo de aquel cedro,  
sube en él, seré la aurora  
que va delante de Febo. (Vanse.)

### ESCENA XVIII

Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO, SALOMÉ,  
ELIACER, EFRÁIM y los PASTORES.

HIRCANO. Muerta la Infanta mi hija,  
quebró el cristalino espejo  
en que la naturaleza  
se miraba.

FASELO. Si esto es cierto,  
en túmulos lastimosos  
los tálamos de Himeneo  
ha convertido la envidia,  
cuando á desposarme vengo.  
De mi vida á su memoria  
la haré sacrificios tiernos,  
sin que á restauralla basten  
persuaciones ni consuelos.

ARISTÓB. ¿Aquí dices que mi hermana  
quedó?

PACHÓN. Como se lo cuento. (Entran.)

HIRCANO. Entrad por ella, ¡ay de mí!  
¿cómo vivo, pues que muero?

(Salen.)

ELIACER. No hay en toda esta cabaña  
sino es en su pobre suelo  
unas pajas miserables,  
y entre sayales groseros  
estos curiosos y nobles.

(Saca los vestidos de Herodes.)

TIRSO. ¡Aun el diablo vería eso!  
HIRCANO. Villanos: ¿qué es de mi hija?  
¿no habláis?

PACHÓN. ¿Qué quiere que hablemos?

FENISA. ¿No le juimos á llamar?  
¿no la pusimos ahí dentro,  
quemando porque oliscaba  
á manojos el espliego?  
Quizá quien la agarró el alma  
volvió después por el cuerpo,  
ó la comieron á escote.  
algunos grajos y cuervos.

FASELO. ¿Estos vestidos no son  
de mi hermano?

HIRCANO. ¡Ay santos cielos!  
Sin duda, que por roballe  
estos villanos le han muerto.

TIRSO. ¡Aún peor está que estaba!

ARISTÓB. ¿Hay más trágico suceso?

HIRCANO. ¿Qué es de mi hija, traidores?

FASELO. Mi sol, mi luz, ¿qué se ha hecho?

PACHÓN. ¿Hay son que, si se ha perdido,  
le dé un real al pregonero  
prometiéndole buen hallazgo?

HIRCANO. ¡Oh crueles! ya sospecho  
que por hurtarles las joyas,  
homicidas y avarientos,  
dos soles habéis quitado  
que daban luz á mis reinos:  
enterrados los habrán.

PACHÓN. No les faltará á lo menos,  
si es cerote lo que sudo,  
cera hilada en el entierro.

HIRCANO. Prended esta vil canalla,  
descoyuntada á tormentos  
hasta que la verdad digan.

PACHÓN. Fenisa: potro tenemos.

FENISA. Más quisiera tener potra.

HIRCANO. ¡Ay desventurado viejo!  
No dejéis piedra ni planta  
de este monte, caballeros,  
que no busquéis.

ARISTÓB. ¡Triste caso!

PACHÓN. Yo os juro á Dios que me huelgo.

FENISA. ¿De qué?

PACHÓN. De que os han de dar  
en el potro pan de perro. (Vanse.)

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA PRIMERA

Salen MARIADNES y HERODES de pastor.

MARIADNES.

Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre  
en las hierbas menudas que marchita  
y á ese caballo dan fértil pesebre;

y mientras el tirano solicita  
mi deshonor y su bárbara venganza  
por la ocasión que tu valor le quita,  
entre estas sombras que el rigor no alcanza,  
y en cuyas hojas leves representa  
á los tiempos el viento su mudanza,  
premiada tu lealtad tome á su cuenta  
principios de favores que te debo,  
y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES.

Afrentaránse de favor tan nuevo  
estos cedros y palmas, gran señora,  
de la ventaja y dicha que les llevo;  
quisieran ellos humillar agora  
sus elevadas cumbres y cabezas  
para besar tus pies, que el mundo adora.

MARIADNES.

El campo siempre obliga á las llanezas  
que la ambición desprecia, dando silla  
á la soberbia hinchada con grandezas;  
de aquí á Jerusalén habrá una milla;  
siéntate, que de noche entrando en ella  
aseguro peligros.

(Siéntase ella é hinca él la rodilla.)

HERODES.

La rodilla

hincada, como á imagen de amor bella,  
es mejor que te adore agradecido  
á mi propicia y venturosa estrella.

MARIADNES.

Este es mi gusto, acaba.

(Siéntase él.)

HERODES.

¿Que ha podido  
mi dicha verme junto al sol sentado!  
Amorosa deidad, perdón os pido.

MARIADNES.

Agora, pues, que nos convida el prado  
á divertir agravios del estío  
y dar lícitas treguas al cuidado,  
quiero que dejes satisfecho el mío,  
que, en mil contradicciones, te prometo,  
se quieren persuadir á un desvarío.  
Mil cosas he mirado en tu sujeto  
tan opuestas y nuevas como extrañas:  
si rústico, ¿cómo eres tan discreto?  
No niego yo que á veces las montañas  
no fertilice el cielo dando en ellas  
al ingenio, al valor y á las hazañas;  
comunes son á todos las estrellas,  
y entendimientos hay que entre sayales,  
en cuerpos toscos, cubren almas bellas;  
pero por más que influyen naturales,  
no retóricas lenguas, que consisten  
en idiomas de corte artificiales,  
los que antíparas toscas cual tú visten,  
con palabras groseras satisfacen  
á los que en techos míseros asisten;  
que aunque es verdad que los ingenios nacen  
delicados, tal vez en cualquier parte,  
los oradores con el uso se hacen,  
ó la naturaleza pule el arte.

Tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia  
y á Demóstenes puedes compararte,  
¿cómo, falto de letras y experiencia,  
sutilizas conceptos y palabras  
y á Atenas hurtas el lenguaje y ciencia?  
Y aunque el misterio á mis enigmas abras,  
con respuestas que ignoro y dificulto;  
dime si al sol y al aire riges cabras  
y su inclemencia por el monte inculto  
los rostros tiraniza, pues los yerra  
como si el ver sus rayos fuera insulto.  
Si el cultivar la siempre fértil tierra  
paga surcos en callos que en las manos  
por la dureza imitan á la sierra,  
¿cómo injurias afeites cortesanos,  
siendo excepción de generales leyes?  
¿Tú solamente culto entre villanos?  
Manos groseras que al arado y bueyes  
acostumbradas el trabajo tuesta,  
¿pueden en ti afrentar las de los reyes?  
Cara, que á la del sol adusto opuesta,  
jamás huyó el encuentro á sus rigores,  
¿compite con la dama más compuesta?  
A tu traje desmientes, tus colores,  
por más pastor que intentes con negallo  
encubrirte entre engaños labradores,  
cuando agora la silla del caballo  
la sed me hizo dejar de aquella fuente  
que de ti murmuraba lo que callo,  
y tú, templando del calor ardiente  
la furia rigorosa con su risa  
bañaste en su cristal manos y frente;  
testigo contra ti fué la camisa  
que, por el cuello libre del ultraje  
con que la encierdas en sayal me avisa  
no dicen bien las puntas de su encaje  
con el buriel hipócrita que aforra  
en blanco lino el penitente traje.  
Declárame este enigma, si no borra  
tu poca confianza en el secreto  
lo que te debo; así el cielo socorra  
tus esperanzas con dichoso efeto.  
Las dudas satisface, di cómo eres,  
si rústico pastor, galán discreto.

HERODES.

Ya que apurar mis pensamientos quieres,  
curiosa por saber sucesos míos,  
por imitar á las demás mujeres,  
oye de la fortuna desvaríos  
que ya que no te admiren, te entretengan,  
mientras aquestos árboles sombríos  
por huésped bello tu hermosura tengan.

Ya que el sutil ingenio

hijo de esa alma noble,

curioso inquisidor

de celos y de amores,

sacando del sagrado

donde el secreto absconde,

sucesos de mi vida,

discreta los conoce,

sabrás, hermosa Infanta,

que el Rey del sacro monte

que á Salomón dió cedros

para que el templo corte

y Hiram el mundo llama,

se honra con el nombre